

UNA MORAL PARA NUESTRO TIEMPO

UN POCO DE HISTORIA

El Concilio Vaticano II

El Concilio Vaticano II representó un ánimo de dialogar con el mundo de la modernidad. De él se desprende la aceptación plena de la libertad religiosa y de conciencia. Así como la esperanza de que, a pesar de que todos los humanos no compartimos una misma fe, podamos compartir una misma moral ante los retos que nos plantea el nuevo mundo. De igual modo, la iglesia, desde su carácter de depositaria de la palabra de Dios, reconoce que no tiene respuestas a todas las cuestiones que se plantean en el mundo actual, y que éstas deben ser buscadas entre todos los hombres mediante el diálogo. Así, la iglesia podrá enriquecerse de las aportaciones de todos y compartir el empeño común por una sociedad más humana. “La Iglesia, que guarda el depósito de la palabra de Dios, de donde se deducen los principios de orden religioso y moral, a pesar de que no siempre tenga una respuesta a punto para cada una de las cuestiones, desea unir la luz de la revelación a la pericia de todos, a fin de que sea iluminado el camino por donde

acaba de entrar la humanidad” (GS, n. 33). “La Iglesia, al mismo tiempo que rechaza totalmente el ateísmo, profesa sinceramente que todas las personas, creyentes o no creyentes, deben contribuir en la acertada construcción de este mundo en el que todos viven, lo cual es imposible sin un auténtico y prudente diálogo” (GS, n. 21).

Mediante el diálogo, la iglesia muestra su solidaridad con toda la familia humana, y su amor hacia ella, aportándole la luz del Evangelio¹. A tal fin, la iglesia debe ponerse a la escucha, con la ayuda del Espíritu Santo, y discernir las diferentes voces de nuestro tiempo para poder valorarlas a la luz de la Palabra divina. Recordemos las palabras del Concilio: “... Incumbe a todo el pueblo de Dios, sobre todo a los pastores y teólogos, escuchar, discernir e interpretar, con la ayuda del Espíritu Santo, los diversos lenguajes de nuestro tiempo y evaluarlos a la luz de la palabra de Dios, a fin de que la Verdad revelada pueda ser percibida cada vez con mayor profundidad, mejor comprendida y propuesta con más acierto” (GS, n. 44). Parece que el Concilio anima a los cristianos a

(1) Gaudium et Spes, n. 3.

ver al mundo con ojos nuevos, para que no perciban sólo los aspectos negativos, sino que se convencan de que el Espíritu actúa, también, en las diferentes realidades que constituyen nuestro mundo. El Concilio manifiesta que el cristianismo quiere ofrecer a todos los hombres y mujeres todas sus creencias sobre el ser humano, a fin de que podamos buscar, entre todos, el bien de la humanidad en las cuestiones concretas. Se presenta como un ofrecimiento, ya que acepta que no siempre tiene la respuesta a todas las nuevas cuestiones que se plantean, pero cree que la luz de la fe puede contribuir en la búsqueda de estas respuestas. Este deseo de diálogo se establece a distintos niveles, intraeclesial (por tanto, acepta que, de hecho, se da una pluralidad intraeclesial²), y entre los creyentes y todos los hombres y mujeres (G.S. n. 92). La aceptación del diálogo debe suponer, lógicamente, estar dispuesto a dejarse enseñar en humanidad y, también, aprender a corregir los propios errores. De modo que no se puede entrar en diálogo con la convicción de que ya se tiene la palabra definitiva sobre una determinada cuestión. Una encíclica que representa una visión positiva del diálogo es *Ecclesiam Suam*, de Pablo VI.

Ante la postmodernidad

Ante la irrupción de la postmo-

dernidad, el magisterio ha adquirido un trasluz más duro y preocupante. Lo podemos constatar en la encíclica *Veritatis Splendor*. La postmodernidad ha puesto en crisis no sólo la fe, cosa que ya hizo la modernidad, sino también la razón. Y, de este modo, los principios morales quedan en la arbitrariedad de cada cual. Aparecen las éticas decisionistas, emotivistas, en donde la preferencia y/o el sentimiento se convierte en referente ético, quebrando el universalismo de la ética. La pérdida de los referentes objetivos, universales, conduce, a menudo, a las éticas en las que el más fuerte se impone, en las que el vulnerable sufre, en las que impera el liberalismo económico salvaje... A menudo, los económicamente poderosos siguen una ética (más o menos) cristiana en los asuntos individuales, pero, en las cuestiones de tipo social, no siguen principio ético alguno que no sea el puro egoísmo y la explotación de los demás.

Una lectura global de *Veritatis Splendor* nos hace ver cómo da una respuesta a los retos de lo que se vive éticamente en nuestra sociedad postmoderna. La encíclica acentúa la visión evangélica de la moral para los creyentes, mientras que, para los no creyentes, intenta recuperar la razonabilidad de la moral apelando a una formulación medio olvidada por el Concilio Vaticano II, la Ley Natural. Al encontrarse la encíclica, frente a un puro subjetivismo, acentúa unilateral-

(2) *Lumen Gentium*, n. 13, 22, 32.

mente la objetividad de la verdad moral. De este modo, ante las grandes cuestiones dialécticas de la moral fundamental (como por ejemplo: orden objetivo, o ley versus conciencia subjetiva) se inclina por la primera parte del binomio. La encíclica también presta atención al análisis objetivo del acto moral aislado, a fin de remarcar que no basta con la buena intención y la buena fe. Mediante estos acentos, rechaza el relativismo creciente en el campo de la moral. Si bien en la situación actual es necesario acentuar el aspecto objetivo, no relativista, no hay que olvidar, al mismo tiempo, que la moral cristiana debería mantener siempre un equilibrio entre los dos aspectos: la objetividad y la subjetividad. La encíclica no entra a considerar las complejas situaciones en las que algunos valores principales pueden entrar en conflicto entre sí. Sin embargo, la vida práctica presenta muy a menudo este tipo de conflictos entre diversos valores importantes. En estos casos, deben introducirse consideraciones que puedan ayudar a resolverlos. No sería justo apelar a la encíclica para caer en fundamentalismos legalistas que no solucionan nada, pues no dan respuesta a las complejas situaciones morales que se dan en la realidad, y, por consiguiente, a largo plazo, son semilla de mayor

relativismo y subjetivismo. Los cristianos deberíamos recordar que poseemos grandes verdades morales, pero que, como decíamos antes, debemos aplicarlas a las realidades del aquí y ahora, en medio de una compleja situación de valores que hay que tener en cuenta. Respecto a esto, Tomás de Aquino nos recuerda algo que puede ser plenamente actual: que, cuanto más nos alejamos de los grandes principios de la Ley Natural (es decir, del referente ético objetivo y universal), más diferencias se dan entre las distintas concreciones de estos mismos grandes principios (S. Th I-II, q. 94 a. 4).

El descrédito de la reflexión moral viene dado cuando, por un exceso de objetividad y por miedo a la libertad, queremos asegurar excesivamente, mediante las normas, todas las situaciones morales, ahorrando el trabajo de la conciencia personal y de la conciencia de la comunidad cristiana³. Ésta, ante las nuevas situaciones en que nos coloca el progreso de la ciencia y de la técnica, no tiene una respuesta inmediata a mano; en estos casos, debemos discernir y, tal vez, tomar posturas provisionales, ante la falta de datos o ante la incertidumbre de los datos aportados por la ciencia. La misma encíclica *Veritatis Splendor* pide creatividad,

(3) Unas palabras de J. Ratzinger: "Pero si en un exceso de cuidado promulga demasiado, da excesivas normas, ¿no podría ser que éstas contribuyeran más a abandonar el mundo a la infidelidad que a salvarlo de ella? Siempre hace falta valor para confiar en la fuerza victoriosa de la verdad que vive en la fe, sin atrincherarse tras seguridades externas. La verdad vive de sí misma sin necesidad de tales defensas." *Crítica y obediencia*, en *Selecciones de Teología*, vol II, n° 7, p. 219. (original alemán *Freimut und Gehorsam*, Word und Wahrheit, 17 (1962), 409-21)

a la moral: "... la vida moral exige la creatividad y el ingenio propios de la persona humana, origen y causa de sus actos deliberados" (n. 40); "Las prescripciones morales (...) deben ser fielmente custodiadas y permanentemente actualizadas, a lo largo de la historia, en las diferentes culturas" (n. 25).

Creemos que una actitud de humildad no es contraria a la firmeza moral, sino que le confiere credibilidad, en el mundo actual. El proyecto moral cristiano, si es el de Jesús de Nazaret, representa a la plenitud humana, y, por lo tan-

to, debe poder ofrecerse como un bien para todos los hombres y mujeres. Y, a pesar de que uno puede suponer que el pecado estructural acecha a la cultura actual, no se puede atribuir, sin más, la culpa, a este pecado, cuando una verdad moral concreta no es entendida como razonable ni generadora de verdadera humanización.

Una moral fundamental cristiana para el nuevo milenio debería recuperar las intuiciones del Concilio Vaticano II, sin dejar de tener muy presentes las advertencias de la *Veritatis Splendor*.

MORAL PARA EL NUEVO MILENIO

Si la voz de la comunidad cristiana pretende proponer, también para hoy, un camino ético, deberá estar atenta a los "signos de los tiempos", a fin de dar una respuesta adecuada. Si quiere dar respuesta a los retos que se nos plantean y ser semilla del mensaje de Jesús de Nazaret en el mundo, tal vez algunos de los rasgos inexcusables, para la moral cristiana del nuevo milenio, podrían ser los siguientes:

Una moral que escuche

Una moral que se deje interpe- lar por la vida que viven y sufren miles de hombres y mujeres. Esta moral tiene que entrar en un serio diálogo con la cultura contemporánea. Un texto de la Congregación

General 34 de la Compañía de Jesús nos recuerda que: "... debemos escuchar atentamente a todos aquellos a quienes el Evangelio no les dice nada, y tratar de comprender la experiencia cultural que se esconde en aquello que dicen. Lo que nosotros hacemos y decimos, ¿corresponde a las necesidades reales y urgentes de quienes nos rodean, en sus relaciones con Dios y con los demás? Si la respuesta es "no", significa que no estamos comprometidos a fondo con la vida de las personas a quienes servimos" (NMC, n. 27,7).

Una moral que, antes de reflexionar y dar consejos, se ponga a la escucha de los hombres y mujeres, sean o no cristianos. Y, de este modo, se pregunte, como el joven rico: "¿Qué debo hacer de

bueno...? (Mt.19,16). Nos gusta recurrir a esta traducción de la biblia interconfesional, ya que pone el acento en aquello que debemos hacer como cristianos, no tanto para ser buenos –no se trata de una cuestión puramente de perfección personal, como se ha insistido a menudo–, sino en beneficio del prójimo

Una moral en actitud de búsqueda sincera

Búsqueda con todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Que no se apresura en encontrar respuestas fáciles y precipitadas. Que admite convivir con la duda y la incertidumbre. Muchas veces, la comunidad cristiana tiene que expresar públicamente su opinión sobre cuestiones que afectan a todos los hombres y mujeres, sobre cuestiones nuevas; pero debe reconocer que en muchas ocasiones, no puede tener la última palabra. Siempre debe advertir que sean respetados los más vulnerables, los más pobres y marginados...

La iglesia, después de siglos, ha de admitir, tal como propuso Juan Pablo II, que se equivocó en algunas cuestiones de moral que había afirmado de manera absoluta, basándose en datos que no eran teológicos, sino, por ejemplo, propios de la ciencia... del momento concreto. Admitirlo, pedir perdón, es un gesto que honra a la iglesia, y

su humildad le hace ganar credibilidad.

Una moral que acompañe a las personas en la toma de decisiones

Con un componente profético y crítico respecto a las actitudes y valores predominantes del mundo injusto e insolidario en el que vivimos. Un acompañar que no abandone a las personas que han tomado decisiones que puedan no ser correctas o deseables. Que tenga siempre en cuenta aquellas situaciones límite en donde las personas optan por el mal menor o no son plenamente libres en sus acciones. Cada vez más, nos encontramos con el caso de personas en situaciones “envenenadas por el pecado estructural”, en donde la única salida posible es optar por el “mal menor”. Así como situaciones concretas en donde, optar por el bien, supone una heroicidad que sobrepasa las fuerzas de las personas. En estas situaciones, una moral “rigorista” no ofrece soluciones (pues el ideal es casi imposible de cumplir), y no hace más que alejar a las personas del amor y la misericordia de Dios. En estos casos límite, es aceptable optar por el “mal menor” o por una “gradualidad”, tender al bien ideal, pero aceptando los pasos intermedios, que suponen “males menores”⁴. Este po-

(4) La Encíclica *Familiaris Consortio* de Juan Pablo II habla de gradualidad como norma pastoral.

nernos en camino hacia el bien, implica, ya, ir por el camino de la Salvación.

Una moral reflexionada desde la comunidad

Reflexionada en la oración humilde ante Dios, que ayude a los hombres y mujeres a discernir en el Espíritu. En donde las tareas de pastor y de profeta estén presentes en la comunidad y desde la comunidad, con sus preocupaciones y esperanzas. Una moral que escuche a las iglesias domésticas (las familias) y las pequeñas comunidades, donde se dan relaciones más fraternales, donde el afecto, la gratuidad, la atención al más débil, se convierten en algo más importante que la justicia legal.

Una moral que crea más en el Espíritu presente en las comunidades, que considere a los cristianos de una forma más adulta, a fin de aportar, al discernimiento de toda la iglesia, su opinión discernida y orada. Si se acepta que, en muchas cuestiones, los cristianos son libres y responsables, y, por ello, tienen la posibilidad de pecar (pueden alejarse de la fidelidad al mensaje de Jesús), también se les debería considerar libres y responsables para poder aportar su discernimiento moral, sobre cuestiones concretas, a toda la iglesia universal. Una moral desde la comunidad debería hacer participar de manera activa a las mujeres, que han sido las grandes olvidadas en este

terreno, de tal manera que la ética cristiana se ha configurado desde una sensibilidad masculina, en la que se ha olvidado la sensibilidad femenina.

Una moral que escuche el clamor de los pobres

El clamor de los oprimidos de la tierra, de los que han perdido la esperanza. Una moral que, como Dios, escuche el clamor del pueblo esclavo de Egipto y que, en consecuencia, ofrezca una palabra de denuncia frente a las nuevas esclavitudes de nuestro tiempo. Una moral que esté atenta a los más vulnerables de nuestra sociedad, que defienda a las minorías culturales, lingüísticas, religiosas, a los inmigrantes, a los pueblos sin tierra, a los desposeídos, a los refugiados..., así como a las mujeres, que, en tantos lugares, son privadas de la enseñanza y de la cultura, y sometidas a situaciones de esclavitud. Que se comprometa con firmeza, por ejemplo, en la defensa de los derechos de los inmigrantes y ejerza la denuncia, cuando estos derechos sean violados. Que atienda a aquellos que la sociedad no valora, a los disminuidos físicos o psíquicos, a quienes todavía no han nacido o nacen con disminuciones...

Una moral donde el “rostro del otro” se convierta en interpelación ética a la que uno deba responder, más allá del derecho que se tenga a ello⁵. Una moral que muestre que

la comunidad cristiana está al lado de los débiles y vulnerables, y que no debe tener miedo de mostrarse débil y, por lo tanto, desprovista de poder, sin demasiados medios, sin privilegios... Que, en consecuencia, no tema hacer signos visibles que manifiesten este talante, como, por ejemplo, renunciar a su Estado, a su organización burocrática, a ir, en algunos países, del brazo de los políticos y militares... (pues son símbolos evidentes de ambigüedad, que muestran el poder político y económico de nuestra sociedad).

Una moral profética

Que no se exprese en un discurso pesimista y focalizado sobre el mal y las cosas incorrectas (denuncia), sino en un discurso que anime a la gente a buscar el bien. San Pablo nos recuerda que “donde está el Espíritu, hay libertad” (2 Co, 3).

Una moral que no sólo denuncie las cosas que no funcionan, sino que haga gestos (anuncios) que rompan el silencio en el cual nuestra sociedad se encuentra inmersa. Este silencio, esta mentalidad de que no hay nada que hacer, de que el sistema económico, social, político no se puede cambiar, tan sólo podrá quebrarse si se dan signos proféticos que pongan en práctica valores alternativos.

Estos signos pueden hacerlos

presentes pequeñas comunidades humanas en donde se viven determinados valores alternativos. Comunidades que anuncian que es posible vivir de forma distinta. Por ejemplo, las cooperativas, el comercio justo, la comunidad de bienes o el intercambio de servicios de forma gratuita, las formas políticas de democracia participativa, formas de banca ética... ofrecen alternativas a una economía que genera injusticia y desigualdad social.

Los cristianos tenemos que ir creando espacios alternativos que den testimonio de los valores en los que creemos. La palabra (la norma moral, el consejo...) debe dar paso a los hechos, a las vidas que encarnen dichos valores. De este modo, presentaremos el Evangelio de Jesús como una experiencia liberadora para el hombre y la mujer de hoy.

Una moral que reconozca que, la mejor manera de expresar el dissentimiento sobre los valores con los que no estamos de acuerdo, sea el testimonio de otros valores. Podemos hablar en defensa de los inmigrantes, de sus derechos, reclamar que no vivan marginados... pero ¿están, nuestras escuelas, universidades cristianas suficientemente, abiertas a ellos?

En resumen, una moral que señale los valores a descubrir, como fuente de una vida en el amor y la libertad.

(5) Levinas, E., *Totalidad e Infinito*, Salamanca, Sígueme, 1977, p. 89

La necesidad de establecer una moral política

Una moral política que recupere la dimensión social y haga frente a los retos de una economía globalizada, injusta para las dos terceras partes de nuestro mundo. Una moral política que no tenga miedo de las nuevas formas de democracia participativa, sino que las fomente.

Asimismo, una moral que deje de estar inculturada solamente en la cultura liberal-burguesa y primermundista, y que se deje interpelar profundamente por las demás culturas (Orientales, Africanas...) puede perder su respiro individualista, poco comunitario... De igual modo, puede verse interpelada por las sub-culturas occidentales, marginadas por el estatus oficial (consumo responsable y ecológico, ecologistas, okupas, feministas, movimientos alternativos, pacifistas radicales...), que cuestionan el individualismo burgués, el “privatismo” moral, la propiedad privada, la forma de progreso depredador... Algunos de estos “valores” se han convertido en los nuevos ídolos de nuestro tiempo, pues ya nadie los cuestiona.

Una moral centrada en el corazón humano

Porque es el lugar en donde la persona da unidad y sentido a su obrar. En donde la persona vive la

relación profunda consigo misma y la realidad de los demás. El Evangelio habla al corazón de los hombres y mujeres sobre cómo deben ser el hombre y la mujer nuevos, qué actitudes deben tener. Es en el corazón, en donde el hombre-mujer nuevos participan del Espíritu de Jesús.

Una moral basada en el discernimiento desde un corazón rebosante del Espíritu de Jesús. Las actitudes básicas de la vida del cristiano se juegan en este núcleo, en donde Dios habita.

El cristiano, de forma personal y comunitaria, va adquiriendo el hábito de vivir el bien en los comportamientos de la vida cotidiana. De este modo creemos que tiene que nacer una moral más pneumatológica, en donde las “virtudes” (los hábitos hacia el bien) adquieran una importancia superior a las normas, a las leyes; que indiquen los valores. Recordemos cómo ya Santo Tomás centra su propuesta moral en las virtudes.

Una moral más centrada en las opciones, actitudes profundas de las personas, y no en los actos concretos aislados, creemos que responde mejor a una antropología integral y permite clarificar el concepto de pecado.

Con todo, sería ingenuo olvidar que es en estos actos concretos en los que se decide la opción fundamental para con Dios y, por lo tanto, en donde se juega la vida moral, las actitudes profundas del cristiano.

Una moral que se deje interpe-
lar por la psicología moderna, a fin
de aprender a conocer mejor el co-
razón humano, sobre todo en aque-
llos aspectos que puedan matizar
la responsabilidad de las personas
en algunos actos, pues hay que re-
cordar que la moral cristiana debe
ser misericordiosa. Y sólo así, des-
de una vertiente comunitaria, se
puede recuperar la seriedad del
concepto cristiano de pecado.

Una moral que respete la autonomía humana, entendida como una autonomía relacional

Los humanos nos vamos reali-
zando mediante la relación con los
demás y con Dios. La propuesta
ética cristiana se ofrece a todos,
porque se trata de un proyecto hu-
manizador para toda la humani-
dad, y, como tal, puede ser com-
prendida por todos. Al fin y al
cabo, no nos cansaremos de repe-
tirlo, el proyecto del Reino de Dios
es, sobre todo, un proyecto de hu-
manización para toda la humani-
dad. Así pues, las pretensiones éti-
cas de los cristianos, como veremos
más adelante, deben caracterizar-
se por su plausibilidad racional.
Todo ser humano de buena volun-
tad debería sentirse interpelado
por el mensaje cristiano, ya que
puede captar estas pretensiones de
humanización.

Una moral que intente ser más coherente

Es decir, que trate todas las
cuestiones desde una misma forma
de valoración. Por ejemplo, que
tuviera, como muchos piden y pa-
rece que empieza a apreciarse de
este modo, la misma actitud ante
una vida no nacida (absoluta con-
dena del aborto) que ante una vida
nacida (todavía existe una cierta
justificación de la pena de muerte,
de la guerra...). Una moral que se
esforzara en ser coherente: dejan-
do de valorar algunas cuestiones,
por ejemplo referentes a la ética se-
xual, desde posturas rigoristas
(deontológicas); y, en cambio, en
otras cuestiones, como las referen-
tes a la justicia, a la economía o a
la política, aceptando posturas que
requerirían más matizaciones (en
términos morales, desde posturas
más teleológicas o consecuencia-
listas).

Creemos que todas estas caracte-
rísticas se podrían resumir en la
necesidad de una moral que respe-
te la autonomía y tenga en cuenta
la gran importancia del diálogo.

Una moral con una dimensión universal

Que tenga en cuenta que, para
hacer frente a determinadas cues-
tiones que nos afectan a todos, cre-
yentes o no creyentes, los cristia-
nos debemos ser una sola voz con
toda la humanidad. Por ejemplo,
no tiene sentido que un pueblo o

un país tome determinadas medidas, como limitar la contaminación atmosférica o acuífera, si el vecino continúa contaminando, puesto que el agua o la atmósfera son bienes comunes.

Las nuevas tecnologías, el progreso, nos han hecho descubrir que, a pesar de la pluralidad y las diferentes maneras de pensar, no dejamos de ser una misma especie que comparte una misma biosfera... Muchas cuestiones nos afectan como humanidad, y, por lo tanto, es preciso buscar soluciones globales, y no limitadas a determinados territorios.

Para recuperar la universalidad ética, se podría recobrar una categoría tradicional de la moral católica: la llamada Ley Moral Natural. Así lo ha entendido la Comisión Teológica Internacional en *A la búsqueda de una ética universal* (2009). La ley natural entendida como la existencia de grandes principios éticos, comprensibles para todos los humanos, creyentes o no⁶. Estos grandes principios pueden descubrirse mediante una búsqueda sincera con la participación de todos. Y podrían ser representados, como aproximación, en la Declaración de los Derechos Humanos. Esta moral diferenciaría unos mínimos éticos humanos, que compartimos todos los humanos, de unos máximos éticos, que

podemos vivir dentro de nuestra comunidad.

Los máximos éticos pueden ser mostrados a los no creyentes como invitación a una vida plenamente humana y feliz, pero no podemos imponerlos, ni pretender que, dentro de un país plural y democrático, sean reflejados por las leyes.

Por supuesto que la comunidad cristiana sufrirá cuando vea que, algunas cuestiones que considera “mínimos éticos”, no son aceptados en el diálogo, y, por lo tanto, no son protegidos por las leyes de los países.

Una moral cristiana para el nuevo milenio debe tomarse en serio el reto del “ecumenismo moral”. Se han dado pasos importantes, en este ecumenismo; cuando el Parlamento de las Religiones del Mundo elaboró la Declaración de una Ética Mundial (1993), afirmando unos “mínimos éticos comunes” a todas las principales religiones mundiales. Estos mínimos pueden aportarse para la creación de una ética mundial. Por encima de las diferencias de cada religión todas tienen en común contener las pulsiones del ego para que aprenda a vivir en comunidad. Los cuatro preceptos básicos que encontramos de una forma u otra en todas las tradiciones religiosas como base de la convivencia social

(6) “Esta (la doctrina de la ley natural) afirma que en substancia las personas y las comunidades humanas son capaces a la luz de la razón, de reconocer las orientaciones fundamentales del actuar humano conforme a la naturaleza misma del ser humano y expresar-lo en forma normativa. CTL, *Alla ricerca di un'etica universale*, Junio 2009, n.º 9

son: no matarás, no robarás, no desearás la pareja de tu prójimo y no mentirás. El primero está relacionado con el valor sagrado de la vida; el segundo con la relación con las cosas; el tercero con la pulsión sexual, que es el impulso primordial de la perpetuación de la vida, y el cuarto con la autenticidad de la palabra base para las relaciones humanas.

Una moral que recupere una relación adecuada con nuestra Tierra

Urge abandonar el individualismo positivista que aísla a todo individuo sin reconocer la vinculación con los demás seres y con nuestro hábitat. Una moral para nuestro siglo debe atender al grave problema ecológico. Debería tener presente en primer lugar, que la solución al problema ecológico vendrá de unir la justicia, la distribución de recursos y la problemática ecológica. Y en segundo lugar, se tendría que analizar qué valores profundamente humanos se tendrían que desarrollar para crear esta cultura ecológica. La degradación medioambiental afecta ya a muchos países pobres, y los países más ricos o las poblaciones que tienen más recursos pueden defenderse mejor ante el problema, pero no pueden solucionarlo, ya que tiene una dimensión global que no respeta las fronteras territoriales ni de riqueza. Hace falta que el problema sea afrontado conjuntamente

por toda la humanidad, uniendo dos problemas: uno ya viejo, la distribución más equitativa de los recursos escasos, y uno de nuevo, el cambio climático. ¿Qué valores podrían ayudar a hacer frente a la raíz del problema ecológico? Habría que revisar cómo nos aproximamos a la naturaleza y al resto de seres de nuestro planeta. Y veremos que no es diferente de cómo nos acercamos a nuestros propios hermanos y hermanas de especie; por tanto, la raíz del problema de las relaciones interhumanas y las relaciones con la naturaleza es la misma. Nuestro ambiente cultural potencia el hecho de pensar en primer lugar en nosotros mismos y no facilita ser conscientes de la realidad de interdependencia entre todos los seres, es decir, que todos nos relacionamos y que nuestra vida depende en gran medida de los demás. No vivimos aquello que somos como don de los demás y cuando nos relacionamos los tratamos a menudo como meros objetos. Y no sólo actuamos así con los animales y las plantas, sino también con nuestros hermanos y hermanas de especie. Tenemos interiorizado que el yo no tiene necesidad de ninguna otra cosa aparte de uno mismo para vivir, y si necesita a los demás acostumbra a tratarlos como objetos, o al menos siempre en función de uno mismo. Esta forma de aproximarnos a aquello que no soy yo se da en diversos ámbitos: en el ámbito epistemológico o del conocimiento, en el ámbito de la relación social y también en la economía. Hemos

creado una economía que tiene un carácter antropocéntrico, sólo pensada para la especie humana y que considera el entorno en función del beneficio propio sin tener en cuenta a las demás especies, como si se tratara de realidades totalmente independientes. Seguimos pensando y aplicando la fábula de las abejas de Mendeville, en la cual se enseña que el pensar sólo en el beneficio propio comporta el bien social para todos, y ahora se puede ampliar este bien a toda la biosfera. Haría falta empezar a relacionarnos desde la interdependencia, y así captar que el bien individual y el bien colectivo son inseparables, y darnos cuenta de que este error ya comporta que tres cuartas partes de la humanidad sufran, y que sufra también una naturaleza sometida a una gran presión. Esta conciencia de la interdependencia tendría que desembocar en una ética de la compasión universal que promueva que todos los seres puedan vivir con dignidad. Sólo la especie humana puede captar esta responsabilidad, y por este motivo nos tenemos que comportar como si fuésemos la conciencia del planeta y, por lo tanto, tenemos que dar una respuesta compasiva que capte el destino común de todos y todas juntamente con toda la biosfera. Esta interdependencia supone comunión entre todos los seres. Y nos conduce a atender a los más débiles y a cuidarlos como si de nosotros mismos se tratara, ya que por la interdependencia nos afecta su sufrimiento. Así pues, esta es la forma de entender el problema eco-

lógico como un problema de justicia planetaria.

La aportación en la construcción de la dimensión universal de la moral: una moral que dialoga

La palabra diálogo no puede reducirse a un término secular, ya que tiene toda una dimensión religiosa que debemos conocer. Recordemos unas palabras de la encíclica *Ecclesiam Suam* de Pablo VI: “Daremos a este impulso interior de caridad, que tiende a convertirse en don exterior, el nombre, hoy común, de diálogo” (n. 76). A los cristianos, estas palabras deberían interpelarnos profundamente, puesto que nos indican que la caridad, el amor, como don de Dios a los hombres que es, recibe el nombre de diálogo cuando se abre a los demás. Dialogar es la forma de amar a los demás. Este diálogo debe hacerse con todos los hombres y mujeres de buena voluntad, pues “Nadie es extraño a su corazón. Nadie le es indiferente en su ministerio. Nadie es enemigo, si él mismo no quiere serlo” (n. 110). Merece la pena conocer, también, estas palabras de Juan Pablo II en referencia al diálogo entre las diferentes religiones: “Por el diálogo hacemos presente a Dios entre nosotros; cuando nos abrimos al diálogo con los demás, nos abrimos nosotros mismos a Dios”⁷⁷.

La historia del Dios con nosotros es la historia de un diálogo

amoroso entre Dios y los hombres y mujeres. La iniciativa es de Dios, pero este diálogo no es sólo unidireccional, sino que Dios entra en un verdadero diálogo de intercambio. Recordemos la manera con la que Dios se deja interpelar por los hombres y mujeres. Dios escucha, y no sólo nos habla. Dios no sólo se hace palabra y los hombres oyentes, sino que se muestra como interlocutor que se deja afectar por las situaciones que viven los hombres y mujeres. Dios escucha el clamor del pueblo que sufre la esclavitud en Egipto (Ex. 2, 23-24). Dios, al entrar en diálogo; llega, incluso, a modificar sus planes ante la interpelación humana. Abraham, por ejemplo, hace cambiar el plan de Dios, que quería destruir Sodoma; incluso regatea con Dios (Gn.18,16-33). Así pues, el Dios cristiano se convierte en un verdadero Dios dialógico. El amor de Dios convierte a los hombres en interlocutores en un verdadero plano de igualdad con Él. “Ya no os llamo siervos... sino amigos” (Jn. 15, 15). La historia del Dios que dialoga nos enseña cómo debemos dialogar entre los hombres y mujeres como forma de amarnos los unos a los otros.

Por tanto, el diálogo forma parte de la manera de ser de nuestro Dios. Los hombres y mujeres podemos rogar a Dios, pues es un Dios “dialógico”. Para que esto sea posible, Dios prepara el lugar de

encuentro con Él. Es el Espíritu de Dios en nosotros, quien nos permite convertirnos en interlocutores en plano de igualdad con Dios.

Otro aspecto a tener en cuenta en la búsqueda de una ética cristiana desde el diálogo es que los evangelios, en su origen, son un diálogo entre el mensaje de Jesús y la manera cómo este mensaje era vivido en una comunidad concreta y con una cultura determinada. De este modo, los evangelios son una invitación al diálogo; en otras palabras, invitan a entrar en un proceso dinámico entre la propuesta de Jesús, ya inculturada, y nuestra cultura de hoy. Este proceso de diálogo, de inculturación, es ya un acto evangelizador, pues transmite una manera de entender el diálogo, una forma de amar, de saber ponerse al lado del otro (tanto si se trata de una persona como de una cultura distinta a la nuestra).

Pasemos, ahora, a describir qué características deberían tener nuestros diálogos desde el paradigma del diálogo entre Dios y los humanos. El diálogo debe estar presidido por el deseo de cada interlocutor de presentarse ante el otro tal como uno es; de presentar toda su existencia, experiencia, conocimiento. La palabra de uno se coloca junto a la del otro desde la igualdad de los interlocutores. Ambas palabras que se encuentran deben perseguir la búsqueda de la verdad, a través de un análisis ob-

(7) Juan Pablo II, A representantes de religiones no cristianas (Madrás 5/02/1986), dentro de AAS 78 (1986) 769. O Ecclesia 22/02/1986, p.32-33.

jetivo del problema en cuestión. Por lo cual, los dos interlocutores deben ser sinceros ante sí mismos, conocer el ingrediente subjetivo de su palabra y aceptar que la verdad irá surgiendo en un proceso de convergencia entre ambas palabras. Converger no significa dominar, sino irse acercando a la verdad, cediendo cada uno a partir de sus posiciones iniciales, purificándolas o plenificándolas.

El primer paso para una convergencia se da en la capacidad de escuchar, de comprender desde el otro⁸. La escucha significa querer estar en comunión con él, acoger sus palabras tal como son, sin manipularlas a partir de cómo uno quisiera que fuesen. Esta capacidad de escucha, de querer entrar en convergencia hacia la verdad, debe estar presidida por el amor al otro. Amar la diferencia es estar dispuesto a dar la vida por quien la defiende. Este diálogo, como forma de amar al otro, ve en éste a un posible hermano, y no a un enemigo que pueda causar algún daño. Aprender a dialogar es aprender a apreciar la diferencia como fuente de enriquecimiento, de crecimiento en el proceso de búsqueda de la verdad. Entrar en este diálogo es entrar en una lógica de comunión, opuesta a la lógica de posesión, en donde las relaciones humanas se convertirán en libres y liberadoras.

El cristiano, desde esta perspectiva, entra en el diálogo, consciente de no poseer la verdad en su

plenitud, y de que todo diálogo requiere salir de uno mismo, y que, por lo tanto, es necesario un cierto aprendizaje. Únicamente desde el diálogo se aprende a amar al otro. Los miedos que tenemos al entrar en diálogo son miedos a perder nuestras propias seguridades, pues nos encontramos ya bien, y satisfechos, dentro de nuestra cultura eclesial. Por esto, se requiere la fe de Abraham, para partir hacia la “tierra extranjera” y saber que Dios “puede sacar, de las piedras, hijos de Abraham”.

El cristiano está llamado a iniciar el diálogo con estas cualidades que hemos enumerado, a pesar de que su interlocutor parta de una posición de dominio, de manipulación. Hay que entrar desde el amor, que es capaz de dar confianza al otro, a fin de que éste abandone sus mecanismos de defensa y entre en el diálogo. Como dice K. Rahner: “Un cristiano cumplirá su diálogo con la seriedad de quien conoce el peligro de que la culpa de su orgullo, testarudez, falsa autoseguridad, violencia, perversa este diálogo y haga de él una mentira social; sabe que él mismo es pecador, y por eso pone su propia parte en el diálogo bajo el juicio y la misericordia de Dios (...). El cristiano sabe que sólo el amor es la suprema luz del conocimiento y que, del diálogo, vale también lo que dice S. Pablo: Si hablo con lenguas de hombres y ángeles, pero no tengo caridad, soy

(8) *Ecclesiam Suam*, núm. 96

como bronce que resuena o címbalo que retiñe (1Co 13, 1)⁹⁾.

La autoridad del diálogo es, según la encíclica *Ecclesiam suam*, "... intrínseca por la verdad que expone, por la caridad que difunde, por el ejemplo que propone" (n. 95).

Por otro lado, cuando se inicia un diálogo, es conveniente que no esté presidido por la urgencia de encontrar acuerdos con una mentalidad pragmática, aunque a veces se tengan que buscar formas provisionales de acuerdos, ante las necesidades urgentes de la situación.

La vida humana personal y la vida en comunidad se va construyendo a partir de este diálogo, de la comunicación entre todos los hombres y mujeres. Los humanos, desde nuestro nacimiento y en el primer contacto con nuestra madre, somos seres abiertos a la palabra que nos viene del exterior y que nos va formando y construyendo. Nuestra indeterminación instintiva nos hace abiertos a recibir desde fuera, nos convierte en seres culturales, que tenemos que aprender e irnos formando. Toda nuestra vida es un irnos acercando a la verdad a través de un diálogo con toda la realidad. Sin embargo, el diálogo, tal como lo estamos proponiendo, no es una cuestión meramente intencional, o "metafísica". Al contrario, implica unas

ciertas condiciones humanas y sociales muy concretas. El diálogo se opone a todo tipo de violencia, y requiere que todo el mundo pueda ser interlocutor. Rechaza la lógica del dominio o de la violencia, y por eso requiere que se den unas condiciones que lo hagan posible. En consecuencia, presupone crear previamente las condiciones de igualdad entre los interlocutores. De este modo, la ética basada en el diálogo requiere una reforma social, a fin de que todos, incluso aquellos que viven en los países del Sur, puedan participar realmente en él. Si esto no se realiza, entonces esta ética sólo será aplicable al Mundo rico, y únicamente servirá para justificar el mantenimiento de las desigualdades que el Norte ha provocado entre los países del Sur y él.

El diálogo no puede reducirse a una estética, sino que tiene que hacer viables las condiciones que lo posibiliten. Como dice un filósofo crítico con la ética dialógica: "...es preciso que resurjan los profetas, los que optan por el sur de entrada, deponiendo la arrogancia de una razón logocéntrica, que sólo concede reconocimiento a los 'loquicapaces', y que silencia a los que no tienen ni siquiera voz. Es menester una lógica de la acción moral utópica y profética, (...) Como el conejo al león decimos: demuestra tu voluntad dialógica deponiendo la arrogancia de tus

(9) Rahner, K., Sobre el diálogo en la sociedad pluralista, dentro de Escritos de teología, Vol VI, Taurus, Madrid, 1969, p. 56.

garras y la fiereza de los colmillos...”¹⁰.

Así pues, esta ética no está vacía de contenido profético, si realmente se la considera en sus últimas consecuencias. Pero es fácil que resulte una ética difícilmente aplicable en las situaciones de violencia, de injusticia generalizada, en donde, previamente, deben crearse las condiciones para establecer el diálogo, tal vez, incluso, con una cierta dosis de “violencia”.

La cultura del diálogo debe permitir, también, el disentiimiento; pero éste debe ser expresado sin violencia. Así, el disentiimiento se debe expresar en las categorías de la tolerancia y del testimonio. El testimonio será siempre la forma de hacer comprender a los demás hombres y mujeres los valores de determinadas prácticas o actuaciones propias de los cristianos.

En la historia, quienes han hecho progresar a la humanidad han sido siempre personas que han roto los consensos sociales. Los profetas siempre han sido personas con este temple, lo cual les ha conducido a un enfrentamiento con el status quo, y a menudo éste ha reaccionado eliminándolos. Las ideas de los profetas perduran, y, al fin, se imponen. Las generaciones posteriores recuperan la figura del profeta, e incluso lo mitifican o lo convierten en santo. Son precisamente estos profetas, quienes

pueden hacer progresar el diálogo en el proceso dialógico, para que no se detenga nunca. Por ejemplo, si nadie hubiese roto el consenso, todavía hoy incluso los cristianos aceptarían la esclavitud. Pero, a diferencia de lo que ha sucedido a lo largo de la historia, estas quiebras de los consensos no deberían darse desde la fuerza y el poder, al menos por parte de los cristianos, sino desde el testimonio. Jesús de Nazaret rompió el consenso religioso a través del testimonio, desde el servicio y la debilidad, y no desde la fuerza y el poder. Su ejemplo lo han seguido muchos profetas que escogieron la denuncia de las injusticias desde el servicio y la no-violencia. “El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir” (Mc. 10, 45); “Como Dios lo ha enviado para persuadirnos, y no para violentarnos, pues en Dios no se da la violencia” (Carta a Diogneto VII, 4, del siglo II).

El amor que reclama Jesús para con el prójimo, implica que uno debe encarnar de manera coherente, en su propia vida, los valores que defiende, y sólo así serán vistos y apreciados como valores, y no como imposiciones. El diálogo, el ejemplo y el servicio son las formas más adecuadas para expresar el amor al prójimo en nuestro mundo. Así, por ejemplo, una comunidad, como la cristiana, que no acepta el aborto, debería acoger y ayudar a las madres sin recursos,

(10) Díaz, C. , Pluralismo ético y convivencia social: un punto de vista más crítico, dentro de Documentación Social 83 (1991) 40.

a las madres solteras, a mantener a niños con alguna disminución y ayudar en la planificación familiar... a fin de mostrar que se valora la vida humana desde su concepción (tal como exhorta a hacerlo la encíclica *Evangelium Vitae*, n. 88).

El diálogo puede suponer tener que aceptar que a veces no se llegue a un acuerdo inmediato allí donde uno ve claramente que está en juego un valor importante. También el diálogo entre Dios y los hombres ha supuesto una marcha progresiva y pedagógica, en donde la humanidad ha ido aprendiendo a ser más plenamente humana. Desde la formulación del “no matarás”, del decálogo, hemos ido aprendiendo a respetar el valor de la vida: la fórmula bíblica “no matarás”, al principio sólo hacía referencia a no matar a otro de la propia tribu, hasta que significó, también, no matar al extranjero, no matar a nadie. De manera parecida, muchas cuestiones han sido profundizadas, como pueden ser la ilicitud de la tortura o de la pena capital, durante largo tiempo defendidas, y totalmente rechazadas en la actualidad.

A otro nivel, la comunidad cristiana, la iglesia, a través del diálogo con todo el mundo, se ha convertido ella misma en una “comunidad de diálogo”. La comunión eclesial se expresa allí donde se da un verdadero diálogo. Recordemos las palabras de *Ecclesiam Suam*: “La Iglesia debe encaminarse hacia el diálogo con el mun-

do que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra, mensaje, diálogo” (n. 77). Así pues, la aceptación del diálogo supone, a nivel intraeclesial, una comunidad presidida por la comunión. Así, y sólo así, se podrá dar testimonio de una nueva manera de entender el diálogo, en un mundo en el cual dicho diálogo ha sido muchas veces manipulado. La comunidad cristiana, en su vida interna, debe estar presidida por un diálogo amoroso que sea capaz de amar a los que no piensan de igual manera, en donde los valores éticos sean mostrados y comunicados, en lugar de impuestos. Una comunidad que cree sinceramente en el diálogo, debe, también, tener fe en la presencia del Espíritu en todas las realidades del mundo; en otras palabras, debe ver el mundo no sólo impregnado de pecado, sino grávido del Espíritu Santo. Algunos discursos que se oyen en la iglesia, también de su magisterio, y que son catastrofistas o que subrayan excesivamente los aspectos negativos de la sociedad actual, aun sin negar que puedan responder a la realidad, muestran implícitamente a una iglesia que mira al mundo con miedo y que no sabe apreciar las cosas buenas que el mundo ha encontrado desde su autonomía. Hace falta una iglesia que tenga más fe en el Espíritu Santo, y en la cual quizá sea necesario elaborar una nueva eclesiología más pneumatológica. En este aspecto, resultaría enriquecedor un verdadero ecumenismo con las iglesias ortodoxas orientales.

Entre el “ya sí” y el “todavía no”, se encuentra la vida del cristiano. Es en esta vida, en donde vivimos nuestra vida moral; al irnos realizando a través de nuestras acciones. Por lo tanto, la moral debe mantener siempre esta “tensión escatológica”. Por esto se insta al cristiano a saber discernir. De manera que el discernimiento se convierte en la categoría más importante de la moral. Podría definirse como la capacidad de valorar toda circunstancia conforme al evangelio, a la buena noticia del Reino de Dios. Esta categoría del discernimiento corresponde al tiempo del Espíritu. La comunidad cristiana es capaz de leer los signos de los tiempos según el Espíritu, en la oración, para discernir cuáles son las actitudes, las acciones más acordes con el evangelio de Jesús. En otras palabras, éste es el tiempo de la creatividad en el Espíritu, ya que sólo la comunidad o la persona fiel a este Espíritu es capaz de discernir adecuadamente, en las nuevas situaciones, cuál es el camino a escoger. Con palabras de Pablo: “...dejarse transformar por la nueva mentalidad...” (Rm. 12,2); “No sofoquéis al Espíritu, ni despreciéis los dones de profecía. Examinadlo todo y quedáos con lo que es bueno” (1Te 5, 19-20). Con razón decía B. Häring que el magisterio de la iglesia más auténtico y eficaz es el que ejercen los san-

tos y los mártires.¹¹ El discernimiento en la oración representa el “lugar teológico” en donde la razón del creyente o de la comunidad (una razón plena, iluminada por el Espíritu) selecciona los comportamientos más adecuados con la radicalidad del mensaje de Jesús. Este discernimiento se realiza a dos grandes niveles. Un primer nivel, que es al que nos hemos referido principalmente, se da cuando la comunidad cristiana, en oración, busca orientaciones morales ante los nuevos retos. Por ejemplo, determinar si la utilización de los transgénicos en la agricultura va en la línea del bien humano (de todos los humanos o en bien de unas pocas multinacionales) y del bien de la biosfera (si respeta la biodiversidad) o no. De este modo, se enuncian normas morales que muestran valores a tener en cuenta. Pero el discernimiento puede darse, también, en la conciencia individual.

El discernimiento requiere, igualmente, escuchar, en las cuestiones morales, la lectura que la ciencia (biológica, sociológica...) hace de la realidad, como ayuda imprescindible para la valoración moral. Recordemos que, en la historia de la moral, ésta ha sido siempre mediada por la cultura y la ciencia de su tiempo.¹²

Por lo tanto, la moral cristiana,

(11) Häring, B., Magisterio dentro de Diccionario enciclopédico de Teología moral, Madrid. Paulinas, 2 ed, 1974, p. 601.

(12) Recordemos unas palabras de Santo Tomás: “... lo que pertenece a la ciencia moral se conoce siempre a través de la experiencia” (Comentario Ética a Nicomaco, lib 1, lect. III, n. 38).

en lugar de estar tan próxima al Derecho, como ha ocurrido hasta el Vaticano II, debe convertirse en inseparable de la espiritualidad. Es preciso enfatizar esta idea, en un momento como el nuestro en el que, ante el relativismo moral imperante en nuestra sociedad, la Iglesia puede caer en la tentación legalista. El “buen moralista” debería ser místico. La comunidad, en actitud de plegaria y adoración, debe discernir aquellos valores que más humanizan; en otras palabras, que nos divinizan, que más nos acercan al Reino de Dios. Concluyendo con unas palabras de Pablo: “Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y clarividencia, a fin de que podáis discernir lo mejor, para ser puros y sin tacha para el día de Cristo” (Fil. 1, 9-10). De modo que se ha disuelto la disociación secular entre la espiritualidad y la moral cristiana.

Podemos concluir diciendo que los cristianos debemos entender el diálogo como una forma de amor a los demás, y de estar presentes y tener eficacia histórica dentro de nuestra sociedad pluralista. Debemos ser críticos frente a las maneras de dialogar que se dan en nuestra sociedad, a fin de exigir auténticos diálogos, y no formas más estéticas de hacer la guerra, en donde el que tiene el poder y/o la fuerza económica es quien gana. El Dios en quien creemos, ha sido un Dios que ha ido haciendo camino en nosotros como comu-

nidad, a través de un diálogo permanente en la oración comunitaria. Y nuestra comunidad, si es verdaderamente un núcleo de amor y de comunión, debe ser un ámbito en donde se dé un verdadero y sincero diálogo entre todos sus miembros, desde los diversos carismas y ministerios.

Si exigimos, a los no creyentes, que nosotros, los cristianos, podamos estar presentes en los diálogos que se dan en la sociedad y que estos sean sinceros y verdaderos, tenemos que dar ejemplo viviendo plenamente el diálogo dentro de nuestra comunidad. La Iglesia es verdadero sacramento de Cristo cuando se convierte en una comunidad de amor, y este amor se traduce en la capacidad de saber dialogar. Jesús nos ha enseñado a amar, a dar la vida por los demás. Cuando expresamos que el Dios cristiano es Trinidad, comunidad de amor, no estamos lejos de afirmar que nuestro Dios es “dialógico”. El Dios trinitario es, a la vez, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Todo un Dios que es comunidad. Dios es amor, y, como tal, no puede ser un Dios solitario. Si lo fuera, no sería amor. El Padre, que es fuente de amor, necesita comunicarlo, y el Hijo es su receptor. Éste acoge el amor que le viene del Padre y se lo hace suyo. Y, como el Hijo es también amor, no se lo reserva para sí mismo, sino que se lo devuelve amorosamente al Padre. De este intercambio de dar y recibir, recibir y dar, surge el Espíritu Santo. De este modo, el Espíritu surge

del “diálogo” en la intimidad del Padre y del Hijo.

Epílogo

Terminamos con unas palabras, atribuidas a San Agustín y repetidas por algunos moralistas, que, actualmente, tienen mucha vigencia para la moral del nuevo milenio: “*In necessariis, unitas; in dubiis, libertas; in omnibus, caritas*”¹³.

Para poder seguir estas palabras en el campo de la moral cristiana es necesaria una comunidad cristiana que crea plenamente en la presencia del Espíritu de Jesús de Nazaret en nuestro mundo. Una comunidad que tolere la diversidad, cuando es en el amor y en el diálogo sincero y honesto de quien es consciente de estar en el camino hacia la plenitud del Reino de Dios.

Joan Carrera, S.J.

Estoy seguro de que no hay nada que nos pueda separar del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús, nuestro Señor: ni el destino, ni la muerte, ni el vacío, ni la falta de sentido, ni la culpa, ni la condenación, ni ninguna otra amenaza... El mensaje final de Pablo es el de que ni siquiera nuestra conciencia culpable puede separarnos del amor de Dios. Pues el amor de Dios significa que Él acepta a quien se sabe inaceptable.

P. TILICH, *The new Being*.

(13) “En lo fundamental, unidad; en la duda, libertad; en todo, caridad”